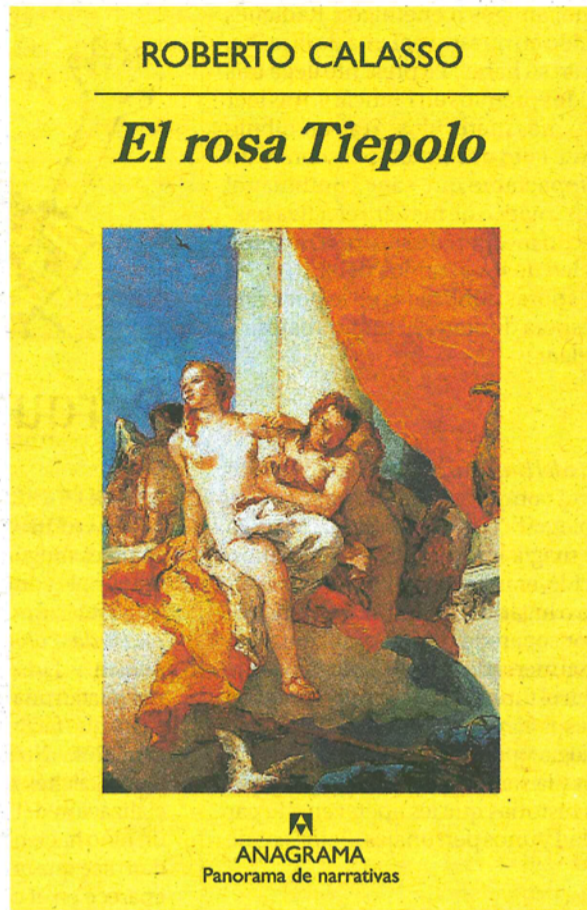


## El árbol de la vida

# Tiepolo por Calasso



GIAMBATTISTA TIEPOLO ha sido considerado tradicionalmente como un pintor meramente decorativo y ornamental. Esta visión del artista, completada por otros tópicos y convenciones, simplifica la figura de Tiepolo y no desvela los misterios de su pintura.

El pintor no ha sido reconocido ni comprendido verdaderamente y de él se guarda una confusa memoria. Así, Tiepolo ha sido visto como un descendiente de Veronese, como un gran virtuoso y como un hombre fiel a los encargos que recibía. El imponente libro de Roberto Calasso, *El rosa Tiepolo*, trata de hacer justicia a la grandeza del pintor veneciano, desentrañando los entresijos y las claves de su arte.

Tiepolo es un pintor que no ha sido tomado demasiado en serio y da la impresión de que él deseaba que fuese así. Al observar la obra del pintor veneciano da la sensación de que «trabaja sin esfuerzo y casi sin pensarlo». En realidad, el desdén en Tiepolo es una forma de ocultación. Los elementos indispensables de su arte son la luz, el teatro (la máscara, el disfraz) y la reverencia a la imagen. La naturaleza teatral de la pintura de Tiepolo parece fuera de toda duda, más aún cuando «todo parece como puesto en escena».

El trabajo de Tiepolo se circunscribe, tal como apunta Calasso, a un cierto número de formas, perfiles y expresiones aisladas dentro del género humano, que se repiten con variaciones configurando el repertorio del pintor, siempre con gran desenvoltura en el pincel y en la concepción. Al estudiar a Tiepolo se ha de tener en cuenta, además, que amaba las superposi-

ciones y los dobles significados. La admiración que Calasso siente por Tiepolo se manifiesta en su deseo de interpretarlo como el pintor de la vida moderna, trazando equivalencias con su también admirado Baudelaire.

Descifrando los grandes temas de su pintura, Calasso nos hace ver cómo Tiepolo mezcla Verdad (o Venus) y Tiempo, la joven rubia y el hombre con barba, viejo y temible, una polaridad típica del pintor, una disonancia de elementos. Un análisis minucioso revela que los personajes preferentes de Tiepolo se repiten con cierta asiduidad en sus pinturas: los orientales, adolescentes y mujeres rubias, lozanas.

Pero lo que verdaderamente seduce a Calasso y ocupa la parte central de su libro es el estudio de los grabados de Tiepolo. El carácter enigmático, misterioso y oscuro de las imágenes contenidas en los grabados (los Scherzi y los Caprichos) ha causado numerosos quebraderos de cabeza a la crítica, precisamente porque están separados de cualquier antecedente local y de toda su época. Calasso define la serie de los grabados como algo esotérico. En concreto, en los Scherzi los personajes se caracterizan por su gravedad, están concentrados en la observación de algo, quizá miran lo invisible. Los mismos elementos se repiten con variaciones en los Scherzi: los magos -orientales-, las serpientes, las astas, el ara, la trompeta, un gran libro abierto, rollos de pergamino, pájaros. Estamos, sin duda, ante un acto de teurgia. Sorprendentemente, las escenas teúrgicas de los Scherzi se desarrollan a plena luz del día, bajo la atenta mirada de animales nocturnos como los búhos y las lechuzas. En los grabados Tiepolo ha representado la doble mirada, que es el presupuesto de toda magia, porque los Scherzi son «imágenes que se miran a sí mismas».

En los últimos trabajos de Tiepolo, tanto en la Residencia de Wurzburg como en Madrid, el pintor convoca a los hombres, mujeres y animales que lo habían acompañado desde siempre, configurando una epifanía pictórica, un experimento antropológico, una auténtica comedia humana. La pintura de Tiepolo se presenta como una especie de malla o tela de araña en la que uno queda atrapado, hasta el punto de sentirse identificado con el pintor.

Calasso no tiene ninguna duda de que Tiepolo marca el final de una época. Es el radiante y último soplo de felicidad en Europa.



Pedro Amorós

## COMPLICIDADES

Carlos Marzal



## El Maestro Esplá

Me interesa la figura del maestro, porque respeto la tradición por encima de casi todas las cosas. La tradición, tal y como la entiendo, consiste en conocer, cuidar y estar a la altura de nuestras diferentes herencias.

Somos herencia biológica que hemos recibido de nuestros padres, y que estos, a su vez, recibieron de los suyos, y, así, remontándonos en el tiempo, hasta el primer hombre, en el Jardín del Edén, antes de caer en la tentación hortofrutícola de la famosa manzana del Conocimiento.

Somos herencia cultural, en el sentido más elevado de la palabra cultura; es decir, como el inabarcable conjunto de acciones forjadas por nuestro instinto y nuestra inteligencia, a lo largo de la Historia, para sobrevivir en el mundo, y hacer de él un lugar mejor. La cultura como una herramienta, como un instrumento mediante el que proporcionarnos una vida más feliz a la especie.

Somos herencia verbal. En gran medida somos animales sintácticos, bestezuelas narrativas que se han encontrado en la realidad con el inusitado artefacto del lenguaje, y lo han perfeccionado y depurado hasta convertirlo en un fenómeno difícil de distinguir de la realidad misma, porque ese lenguaje representa el único sistema con el que explicarla.

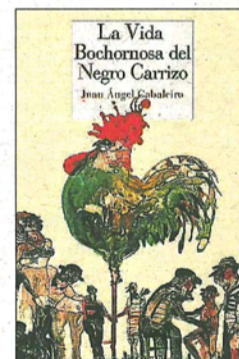
Somos una herencia de herencias innumerables. La tradición de la que hablo no pertenece al tradicionalismo. De tener que adscribirlo a algún dichoso ismo, lo haría al Conservacionismo, porque aspira a conservar nuestros más altos logros, lo que sin duda nos constituye en seres humanos.

Un Maestro (con mayúscula de respeto y admiración) sería siempre, en el ámbito particular al que nos refiramos, un sostén de la alta tradición, de la profunda herencia recibida. Considero al maestro Luis Francisco Esplá un Maestro. Pero no sólo un Maestro por haber recogido la gran tradición taurina en su persona, durante sus años de matador de toros, y haberla mantenido encendida para las generaciones venideras, sino un Maestro vital, un ejemplo de cómo se debería construir una vida ética y estética encaminada a la alegría.

El otro día escribí en una red social que, si yo fuese Ministro de Cultura, trataría de convencer a Esplá (sabiendo que no tendría ningún éxito, porque ningún maestro verdadero se deja convertir en oráculo), para pasearlo por las escuelas de España, en unas renacidas Misiones Pedagógicas, como Catedrático, por ejemplo, de Artes Sensoriales, o de Ciencias de la Felicidad, o de cualquier otra cátedra que inventásemos para él.

Los principios por los que rige su vida, en su finca de El realet, en el campo alicantino, constituyen un programa de esencialismo filosófico. Sale poco, y cuando sale lo hace para estar en compañía de quien le apetece de verdad y para participar sólo en cosas que le merezcan la pena. Habla lo justo, sobre aquello de lo que sabe y ha meditado antes con hondura. Está en contacto permanente con los animales que cría. Dedicar su tiempo a leer, pintar, cazar, pasear, cocinar. La sobriedad en todo lo que ejecuta es la regla por la que se gobierna: que no haya nada innecesario, gratuito. Un Maestro.

## SOLAPAS



JUAN ANGEL CABALEIRO

**La Vida Bochornosa del Negro Carrizo**

REINO DE CORDELIA

► Gallo entre los gallos del barrio de La Bombillita, donde se aglutina el lumpen y la peor estofa de Tucumán, el negro Carrizo trabaja de comercial en una estafa piramidal. Juan Ángel Cabaleiro vuelve a transitar el mundo miserable de la provincia Argentina, componiendo un retrato social a medio camino entre *Tiempo de silencio* de Luis Martín Santos y *La ciudad y los perros* de Mario Vargas

Llosa. Apasionante y cruel, tan inquietante como literariamente brillante.